

# BRONCES PRERROMANOS DE LA MESETA NORTE EN EL MUSEO LAZARO GALDIANO

Por CARLOS SANZ MINGUEZ

El Museo Lázaro Galdiano de Madrid conserva entre sus fondos un discreto aunque interesante conjunto de bronzes prerromanos, la mayoría asimilables al mundo ibérico, caso de las fíbulas anulares hispánicas con resortes preferentemente de charmela, predominantes en ese área, o de algunos pequeños exvotos antropomorfos. Sin embargo, compartiendo el mismo panel de exposición destacan con igual personalidad una serie de placas de cinturón, fíbulas, pasadores y colgante de indudable raigambre meseteña. Sobre estos últimos centramos nuestro interés, si bien no somos los primeros en hacerlo. Emilio Camps, conservador de este Museo, los dio a conocer parcialmente, aunque sin precisar el lugar de origen, con motivo de la celebración del II Congreso Nacional de Arqueología. Posteriormente Abásolo y Ruíz Velez identificaron algunas de estas piezas con el hallazgo que a principios de siglo se produjo en la localidad burgalesa de Soto de Bureba, publicado por el P. Herrera Oria, sospechando igual filiación para el resto de los materiales. Más recientemente aún, M. L. Cerdeño, sin entrar en precisiones contextuales, analizaba selectivamente tres fíbulas zoomorfas del lote. En último término, para la fíbula de caballito A. Esparza ha propuesto, con dudas, que pudiera proceder del yacimiento palentino de Zarraguda, apoyándose en la relación que Cabré ofrece, aunque sin ilustración gráfica, sobre este tipo de hallazgos<sup>1</sup>.

Así pues, pese a no tratarse de materiales inéditos en la mayoría de los casos, la reconsideración de estos elementos se justifica desde una doble perspectiva: por un lado la de proporcionar una visión global de los materiales meseteños presentes en el Museo Lázaro Galdiano, incorporando una detallada documentación gráfica de todos y cada uno de ellos que permitirá ulteriores valoraciones de índole tipológico-secuencial<sup>2</sup>; por otro, la de acercarnos al problema de la procedencia de tales hallazgos, tarea en la que la consulta de viejas referencias bibliográficas y de cierto manuscrito inédito de Martínez Santa-Olalla<sup>3</sup>, nos ha permitido discernir la presencia clara de dos lotes de piezas: uno procedente de Soto de Bureba y otro tal vez de un yacimiento palentino; tan sólo la fíbula simétrica núm. 23 resta sin atribución. Finalmente, y por lo que al estudio de materiales se refiere, la especial atención que prestamos a las placas de cinturón de tipo Bureba se justifica en el trabajo de síntesis previamente acometido por nosotros mismos sobre estos elementos<sup>4</sup>, el cual posibilita valoraciones mucho más globales de lo que por el momento permiten otras piezas, como por ejemplo las fíbulas aquí representadas, aún hoy a la espera de buenas catalogaciones conducentes a desentrañar su evolución tipológica y zonal.

## 1. EL HALLAZGO DE SOTO DE BUREBA

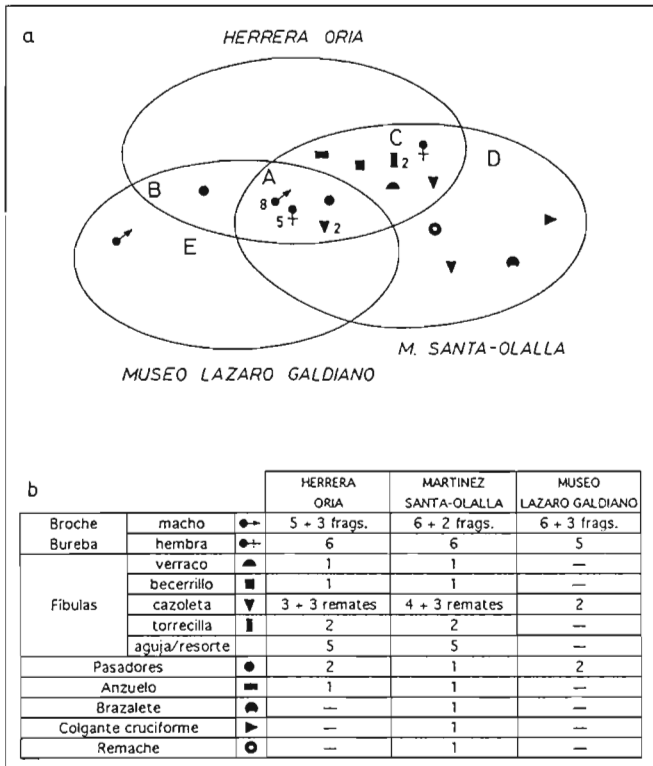
En la primavera/verano de 1915, como consecuencia de las tareas agrícolas desarrolladas en unos

terrenos inmediatos a La Cerca de Soto de Bureba<sup>5</sup>, se produjo de manera fortuita el hallazgo de un nutrido conjunto de piezas bronceas, que fue prontamente a parar a las manos de un chamarilero de Briviesca. Dos años más tarde, el jesuita Herrera Oria trasladaba los materiales en préstamo al colegio de Oña para proceder a su catalogación y estudio, dándolos a conocer a la bibliografía científica. Los inventarios y fotografías entonces publicados, pese a su carácter somero, permiten identificar sin ningún género de duda algunas piezas con las expuestas actualmente en el Lázaro Galdiano.

Cabe pensar que dicho jesuita proporcionara la documentación fotográfica a Martínez Santa-Olalla, de igual manera que la hizo extensiva al marqués de Cerralbo, ya que aquél reconoce que su contacto con los materiales fue exclusivamente fotográfico. Este carácter indirecto del manuscrito no le resta sin embargo interés, ya que en él se incluyen piezas y referencias no consignadas por Herrera.

Sabemos que aproximadamente hacia 1920 el conjunto de Soto permanecía en manos del citado anticuario de Briviesca, donde Cabré pudo contemplarlo aún<sup>6</sup>. Con posterioridad el lote se dispersó, yendo a parar algunos de sus elementos a la colección de D. Darío Chicote de Valladolid. La última referencia bibliográfica al mismo la proporciona Sentenach<sup>7</sup>, quien, en 1925, indica había sido adquirido por un importante coleccionista madrileño. Este tal vez fuera D. José Lázaro Galdiano, si bien Camps, a partir de los indicios que proporcionan los etiquetados de las piezas supuso hubieran pertenecido previamente a Antonio Vives o a Tomás Román. Existieran o no pasos intermedios entre lo relatado por Sentenach y su adquisición por el ilustre publicista Lázaro Galdiano, lo cierto es que, a la muerte de éste, los trabajos de catalogación previos a la apertura del Museo que lleva su nombre, realizados por Camps, pusieron en evidencia el excepcional lote, carente ya de algunos de sus elementos originarios y mezclado con otras piezas que intuimos pudieran proceder de algún yacimiento palentino, circunstancia que ilustra a la perfección los problemas a que se hallan sujetos los materiales arqueológicos una vez se introducen en los circuitos comerciales.

Si pasamos ahora a comparar en un cuadro sinóptico (fig. 1b) los datos proporcionados por Herrera Oria y Martínez Santa-Olalla podremos perfilar los materiales inicialmente aparecidos en Soto y la parte de ellos que alcanzaron el museo madrileño. Trasladando las diversas fuentes de información de que disponemos a un gráfico de conjuntos (fig. 1a) parece sencillo identificar los elementos del grupo A con parte de los del hallazgo de Soto de Bureba. Ocho broches macho en diverso grado de conservación, cinco hembras complementarias, un pasador y dos fíbulas de cazoleta (aunque no incluidas en el lote por Camps se identifican sin dificultad a través de las fotografías e inventarios de Herrera y Martínez Santa-



1. Hallazgos metálicos de Soto de Bureba referidos por la bibliografía, y su comparación con los que finalmente alcanzaron el Museo Lázaro Galdiano de Madrid.

Olalla) sería estrictamente lo que el Museo Lázaro Galdiano conserva de aquel descubrimiento de principios de siglo, si bien habría que añadir también otro pasador reseñado sólo por Herrera, constitutivo del conjunto B y que adquiere asimismo representación en el Museo.

La totalidad del lote resulta de la incorporación de los conjuntos C y D, el primero consignado por ambos autores y el último exclusivamente por Martínez Santa-Olalla. Una pieza hembra de broche, dos fíbulas de cazoleta, otra de becerrillo y una más de verraco, así como dos de torrecilla lateral, un anzuelo, una posible pulserilla abierta y un remache de peoncillo serían pues los elementos que se dispersaron en el camino hacia el Lázaro Galdiano.

Finalmente, en el conjunto E queda englobada una placa de cinturón para la que sin embargo, en función de los datos proporcionados por Herrera y Martínez Santa-Olalla, no cabría el beneficio de la antedicha atribución.

### Los broches de cinturón

Todas las placas de cinturón responden al modelo conocido como tipo Bureba, variante de fuerte personalidad de los denominados genéricamente broches célticos, aludiendo aquella nomenclatura acertadamente al área burgalesa donde alcanzan mejor representación.

Pese a que no reviste mayor importancia dada la homogeneidad del conjunto, conviene señalar, no obstante, que las asociaciones propuestas entre placas hembras y machos en las láminas de Camps parecen

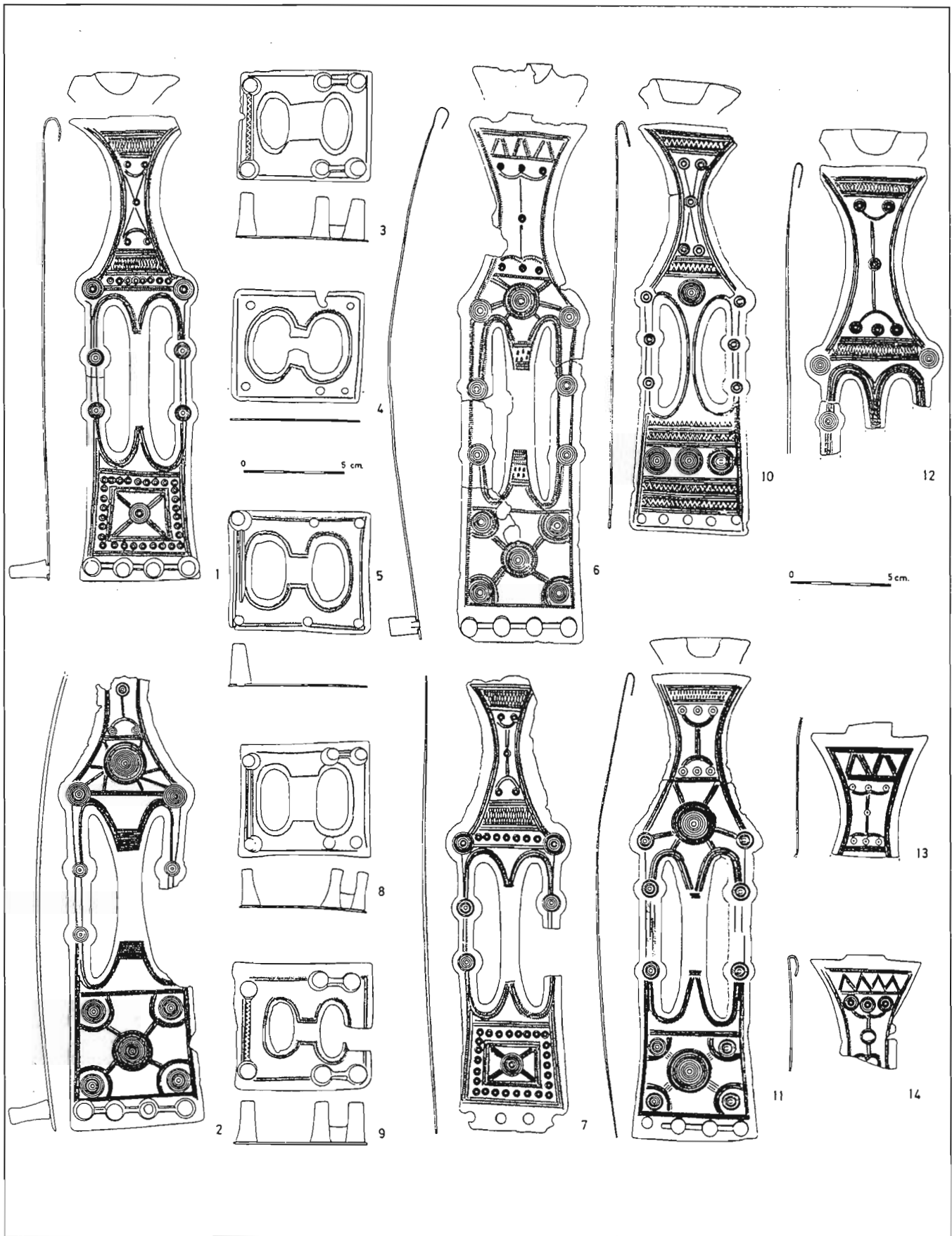
aleatorias, así como la vinculación de los remaches a cada una de las piezas en que aparecen actualmente, ya que éstos cuentan con números de inventario distintos a los de la placa y se hallan unidos mediante pegamento en todos los casos, no habiéndose conservado ninguno remachado al broche.

No entraremos aquí en el inventario de estos objetos, ya que el citado trabajo de síntesis que no ha mucho acometimos, y la propia documentación gráfica que presentamos permiten observar los caracteres morfológicos y decorativos sin problemas. El lote se halla constituido por catorce piezas (fig. 2), de las cuales nueve corresponden a placas activas, muy bien conservadas, salvo una triada de extremos distales, y las cinco restantes a placas hembras o pasivas.

Desde una perspectiva tipológica, destaca la gran homogeneidad del conjunto, a la que sólo escapa en parte la pieza núm. 10. Vemos, en efecto, cómo estructural y decorativamente dicho ejemplar diverge de los restantes. Con una longitud de tan sólo 20 cm. se aleja de las otras con valores situados entre 23 y 27 cm.; sus cinco orificios de remachado en el borde del extremo proximal quedan reducidos a cuatro en las demás placas. A nivel decorativo las diferencias podrían resumirse en los siguientes términos: predominio de las estampaciones triangulares y composiciones frías frente a las circulares y en aspa; decoración continua de perlitas en el brazo central del tramo medio, frente a la detenida o discontinua de las otras piezas. Tales divergencias, lejos de responder al azar o ser intrascendentes, se deben a estadios bien definidos de la línea evolutiva del broche burebano (fig. 3). No pretendemos profundizar aquí, sin embargo, en estos aspectos tipológicos, remitiendo al citado estudio. Así, únicamente señalaremos que el ejemplar 10 se incluye en el tipo IB, mientras los núms. 1, 2, 6, 7 y 11 a 14 quedan adscritos al IC o fase postrera de desarrollo. No obstante, piezas como las 1 y 7, aunque dentro de IC, podrían servir de nexo o tránsito hacia IB por ciertos caracteres híbridos definidos sobre todo en la organización decorativa de su extremo distal.

Respecto a las placas hembra, la homogeneidad resulta completa ya que en nada, salvo en el tipo de remaches que poseen, se diferencian las correspondientes a IB y IC —en las primeras aquéllos independientes, en IC unidos dos a dos por murete fundido, lo que anula la utilidad de una de las posiciones como ya destacara Camps—. Tal vez la placa 4, si admitimos que ninguno de los remaches pareados de las demás placas (recordemos, adheridas recientemente con pegamento) pertenecían a ésta y, por tanto, podría haberles poseído de tipo independiente, cabría considerarla complementaria de la pieza macho 10.

Mayor interés ofrece, sin embargo, la lectura de los aspectos tipológicos desde la doble perspectiva de la dispersión geográfica y cronología de los modelos representados en el lote de Soto. La placa 10 incluida en la serie IB corresponde a un momento de desarrollo en el cual el producto alcanza cierto predicamento por la Submeseta Norte. Por el contrario, el resto de las piezas incluidas en IC representan la fase postrera del modelo que se ve acompañada de una espectacular restricción en su distribución geográfica. Tan es así que el 100% de las placas de esta serie no rebasan el marco natural de la Bureba, más en concreto una reducida área de la misma representada por yacimientos como el propio Soto de Bureba, Miraveche, Busto de Bure-



2. Broches de cinturón, de tipo Bureba, en el Museo Lázaro Galdiano.

ba o Villanueva de Teba. Tal aislamiento o reducción del producto al que parece ser su foco productor por excelencia quizás pueda deberse a la implantación de nuevas placas rectangulares de tipología ibérica que de forma relativamente rápida modifican el mercado de la metalurgia broncea. La presencia en Villanueva de Teba de placas tipo Bureba (modelo IC), que podríamos tildar de auténticas reliquias, entre las mayoritarias ibéricas rectangulares con grandes remaches de peoncillo, ilustraría adecuadamente lo obsoleto del modelo burebano en un momento tardío que, en función de las cronologías apuntadas para dicho yacimiento<sup>8</sup>, cabría llevar a los comedios del siglo III a.C. La placa 10 de Soto, por sus paralelismos con otras del Duero medio asimiladas a conjuntos cerrados, podría retrotraer la cronología a la segunda mitad del siglo IV a.C o inicios del III a.C.

En otro nivel de consideraciones cabría apuntar la extrañeza que produce la ausencia de cualquier elemento de panoplia asociado al lote de placas de Soto, toda vez que éstas parecen tener un carácter militar en los ajuares de la vecina necrópolis de Miraveche según demuestra su reiterada asociación a diversos tipos de armas. Cabe preguntarse si estas originalísimas piezas tendrían valores simbólicos diferentes en grupos humanos tan próximos espacialmente como los asentados en Miraveche y Soto de Bureba. El carácter fortuito del hallazgo de Soto no permite aventurar ninguna conclusión al respecto. Sin embargo, esta disfunción de los broches con respecto a la observada en Miraveche se corrobora en necrópolis más alejadas como la de Palenzuela o, ya en el Duero medio, la de Padilla. En la primera de ellas la única pieza de esta tipología proporcionada hasta el presente se asociaba a elementos miniaturizados que, según Martín Valls y Esparza, y paradójicamente, no tienen ese carácter militar<sup>9</sup>. En la necrópolis vallisoletana los dos ejemplares completos hallados en los conjuntos funerarios 27 y 31 se vinculan a elementos exclusivamente cerámicos o metálicos de adorno, proporcionando los análisis antropológicos de los restos óseos condición masculina y femenina, respectivamente, para las tumbas<sup>10</sup>. Esta circunstancia nos lleva al papel emblemático que sin duda poseyeron estos productos. Cabré fue el primero en asumir tal carácter para las placas Bureba, si bien se excedió en sus argumentos seriativos al identificarlas tan estrechamente con los puñales de tipo Monte Bernorio —ricamente decorados, de escasa ofensividad y dispuestos en horizontal sobre la cintura—, considerando que éstos, por su mayor solidez, eran los sucesores o herederos de aquéllas en la función simbólica desempeñada<sup>11</sup>.

Ciertamente la aparatosidad de los broches Bureba, con longitudes que en ocasiones llegan a superar los 30 cm., parece sugerir que se tratara de elementos de parada con una fuerte carga simbólica e incluso con una funcionalidad mágico-religiosa o profética<sup>12</sup>, destinados a una minoría social de rango elevado.

Resulta interesante comprobar, sin embargo, que en ambientes geográficamente alejados aunque culturalmente próximos como la Bureba y el Duero medio se produce cierto distanciamiento por lo que al destino social de dichas placas se refiere. En ambos casos representan a estatus elevados, pero mientras en el primero lo hacen de forma directa a una oligarquía militar, en el segundo aparecen vinculadas a individuos femeninos que, en la necrópolis de Padilla de Duero por

su proximidad a las únicas tumbas de guerrero —las núms. 28 y 32— con armas damasquinadas, probablemente poseyeran una relación de parentesco con la oligarquía guerrera del lugar, constituyéndose pues en elemento de “diferenciación horizontal”.

### Las fíbulas

Tan sólo dos fíbulas de las siete (según Herrera Oria) u ocho (según Martínez Santa-Olalla) de que se compuso el lote de Soto de Bureba llegaron al Museo Lázaro Galdiano (fig. 4).

La primera de ellas (núm. 15) es de bronce, del modelo de pie alzado con botón terminal rematado en cazoleta. El pie aparece fragmentado, razón por la cual ha perdido la pieza hemisférica que define al tipo. El remate caudal iba sujeto mediante un eje de hierro que se remachaba en la parte inferior del pie. Posee un sólido puente de sección cóncavo-convexa con tres molduras, la central doble y las laterales simples. La cabecera aparece perforada para alojar un resorte bilateral, en la actualidad perdido. La decoración se ciñe al pie en su zona inferior, a base de serie de trazos oblicuos de inclinación alternante y otros perpendiculares; la doble arista central del puente también se decora con trazos cortos oblicuos. Medidas: longitud: 68 mm., anchura máxima: 21 mm., altura: 37 mm.

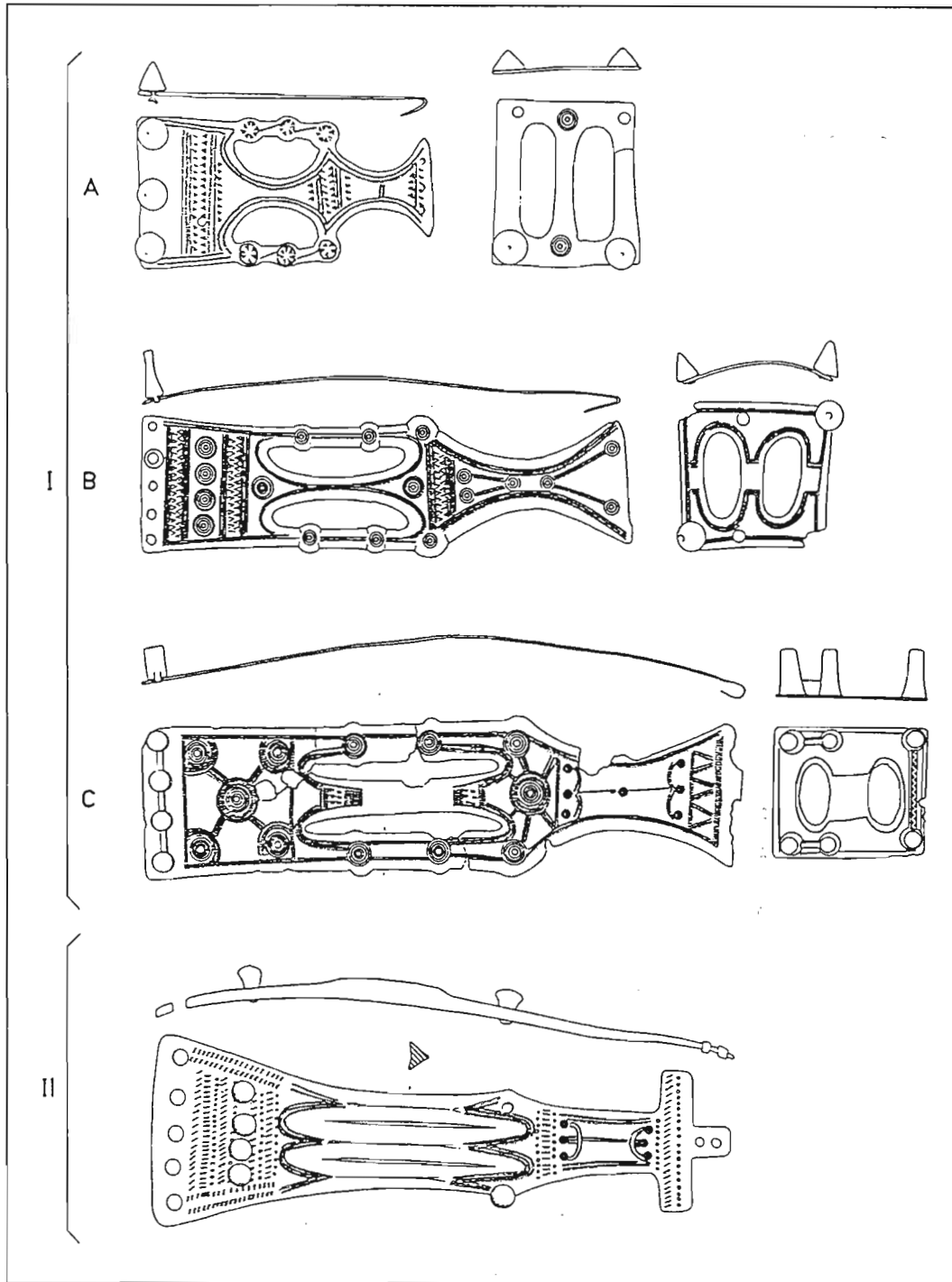
El otro ejemplar (núm. 16) posee una mayor austeridad ya que carece de decoración y presenta un puente más sencillo, con igual sección pero con aristas o baquetones central y laterales simples. En este caso el eje de hierro, que sirve de anclaje al apéndice caudal, atraviesa a éste y al pie. Medidas: longitud: 73 mm., anchura máxima: 24 mm., altura: 41 mm.

Ambas piezas se caracterizan por el elevado número de elementos que las constituyen: cuatro en bronce (puente, apéndice cilíndrico y campanular en zona caudal y resorte-aguja), más una o dos de hierro, según se empleara o no un eje para el resorte, además del que da cohesión al remate caudal.

La inspiración del característico remate campanular de esta fíbula en un modelo floral parece más que posible, representándose no sólo el exterior, sino frecuentemente también el interior o gineceo, en el cual pueden reconocerse las diversas partes anatómicas que lo integran.

Se trata de un modelo aún por sistematizar, que muestra una clara implantación geográfica en el alto Ebro, probable cuna del tipo. Los materiales conocidos proceden fundamentalmente de la necrópolis de Miraveche, donde esta variante representa el 20% de las fíbulas exhumadas: otros ejemplares de Villanueva de Teba o de La Hoya permanecen inéditos<sup>13</sup>, lo que unido a los problemas de asociaciones existentes en Miraveche dificulta sobre manera la seriación de este tipo. Con todo, y a la espera de los nuevos datos que puedan proporcionar las asociaciones materiales de estos últimos cementerios, plantearemos a nivel hipotético una seriación basándonos en ciertos aspectos morfoestructurales.

Inicialmente cabe señalar que estas piezas parecen mostrar una evolución muy similar a la de otras fíbulas de pie alzado con remate de mesa cuadrada o turriiforme, ya que comparten con ellas unos mismos puentes de sección aplanada con fuertes resaltes o aristas, dotados también de tirantes fundidos que unen el remate campanular al arco, y muy probablemente unos



3. Tipología de los broches Bureba (según Sanz Mínguez, 1991).

mismos resortes de gran lazada sujetos a una cabecera fundida y perforada. Parece posible, pues, por los argumentos que luego veremos, que estas fíbulas se gestaran en los comedios del siglo IV a.C. o incluso en el término de su primera mitad, perviviendo notablemente, al menos hasta el siglo II a.C.

Entre los ejemplares más antiguos de la serie situaríamos una pieza fragmentaria de la necrópolis de La Olmeda, otra del lugar septentrional portugués de Vila Chã da Barçiosa y otra casi completa del cemen-

terio de Miraveche. La pieza guadalajareña, interpretada como de tipo Golfo de León<sup>14</sup>, presenta un puente de sección subtriangular, con la cara ventral ligeramente convexa y aunque el resorte no se ha conservado, puede comprobarse que éste se generaba por el arrollamiento del puente, aspecto que confiere a la pieza un evidente grado de arcaísmo. El pie se halla fragmentado en el remate, pese a lo cual cabe observar el inicio de un cáliz ahuecado sustentado en dos pequeños nudos o molduras similares a las que encontra-

mos en otros ejemplares de fíbula de cazoleta. Como aspecto igualmente arcaizante debe señalarse también que dicho remate está separado del arco, es decir, carece de tirante de unión fundido.

El ejemplar portugués, con pie en «cachimbo», parece poseer, aunque no se menciona en el texto, una cabecera igualmente arrollada para generar el resorte, y conserva completo el remate caudal, carente asimismo de tirante<sup>15</sup>.

La otra pieza señalada, procede de Miraveche, de la tumba 38, y aunque aparecía sin resorte en el trabajo de Schüle puede verse completa en una breve noticia sobre adquisiciones de ajuares de la Edad del Hierro del Museo Provincial de Burgos<sup>16</sup>, y, lo que es más importante, se halla en ese mismo estado en la actualidad expuesta en las vitrinas de la citada institución. El interés del ejemplar es excepcional ya que, para garantizar a un mismo tiempo el anclaje y la estabilidad de la fíbula en el vestido, combina un resorte de charnela con dos extensos conos transversales unidos por un eje en la cabecera del puente, construcción en verdad próxima a la de las «fíbulas de longo travessão sem espiras», según tuvimos ocasión de valorar recientemente<sup>17</sup>, y que permite, como veremos, obtener algunas referencias cronológicas precisas. Por lo demás la fíbula posee un arco acintado y peraltado, con cabecera perforada y pie solidario alzado en vertical cuyo remate, aunque se encuentra fragmentado, no presenta dificultades de asimilación al tipo de cazoleta, incluyendo un apéndice cónico muy apuntado en su interior. En este ejemplar tampoco encontramos, pues, tirante de unión entre pie y arco.

Dejando a un lado ahora el posible carácter de prototipo con respecto a dichas fíbulas típicas del Noroeste peninsular, conviene recordar cómo los paralelos más estrechos para este ejemplar provienen del grupo de «fíbulas hispánicas con apéndice caudal zomorfo» y concretamente de una pieza de la necrópolis de La Senda (Jumilla, Murcia)<sup>18</sup> que, por sus asociaciones materiales a cerámicas de importación, se beneficia de una datación precisa en la primera mitad del siglo IV a.C., o quizás mejor en los comedios del mismo en función del cántaro de barniz negro, forma 40 de la producción ática, recuperado en el conjunto<sup>19</sup>. Y aunque el paralelo entre el ejemplar burgalés y el murciano se establece por la común predilección por un sistema de resorte de ballesta con charnela<sup>20</sup>, siendo los remates distintos —campanular y zomorfo, respectivamente— conviene no olvidar la existencia de algún remate campanular en La Albufereta de Alicante<sup>21</sup> que viene a apoyar las relaciones apuntadas.

En el cementerio vallisoletano de Las Ruedas se han recuperado dos ejemplares. Uno de ellos, aun a falta de conocer su sistema de resorte, ya independiente por presentar la cabecera perforada, podría tal vez encajarse muy cercano a ese grupo inicial por la sección de su puente, idéntica a la del ejemplar portugués señalado, y por presentar un pie solidario al arco pero carente de tirante de unión al mismo. La otra pieza parece responder a un modelo más avanzado en el que convivirían ya puentes de sección subtriangular o semicirculares, con otros aplanados de fuertes resaltes o aristas, en cualquier caso predominando la anchura sobre el grosor, y con la presencia de tirantes entre cazoleta y puente. Tales piezas podrían arrancar de finales del siglo IV o inicios del III a.C.

Asimismo piezas como la procedente de Miranda

de Ebro, con la cazoleta semimaciza y unida al puente, parecen delatar momentos cronológicos avanzados, si bien en este caso la aparente naturaleza superficial del hallazgo<sup>22</sup> impide mayor concreción.

La evolución del modelo, tal vez hasta el siglo II a.C., es cuestión pendiente que ha de establecerse a partir de registros como el de Villanueva de Teba. En este yacimiento algunos ejemplares de gran barroquismo decorativo, a base de diminutas esferillas sobrepuestas o botones, parecen delatar momentos muy avanzados en consonancia con los que alcanzan determinadas fíbulas anulares hispánicas de la orfebrería meseteña que comparten iguales planteamientos decorativos.

Con todo, no querríamos concluir las cuestiones tipológicas de este modelo de fíbula sin aludir a determinados ejemplares cuya peculiar estructura nos plantea ciertas dudas a la hora de aplicarles un lugar en la seriación del tipo. Nos referimos en concreto a algunas piezas de Miraveche<sup>23</sup> o a estas de Soto de Bureba, caracterizadas por presentar un apéndice caudal constituido por elementos obtenidos en procesos de fundición independientes y posteriormente ensamblados. En efecto, en dichos ejemplares el pie presenta escaso desarrollo en altura y una perforación central atravesada por un remache de hierro que sirve para sujetar al pie el remate caudal, constituido por dos piezas: la cazoleta hemisférica y el apéndice interior o gineceo floral en el que queda encastrado dicho remache. Por lo demás, estas fíbulas presentan un puente aplanado con fuertes resaltes o aristas y cabecera perforada, razón por la cual cabría pensar fueran contemporáneas de las piezas de pies enteramente fundidos.

Schüle incluye las fíbulas de cazoleta dentro de su tipo 4f, dándolas una cronología que arranca de finales del siglo V y llega hasta inicios del III a.C. Probablemente ambos extremos requieran una modernización, sobre todo por lo que al límite más avanzado respecta, toda vez que el registro arqueológico de Villanueva de Teba parece centrarse entre la segunda mitad del siglo III y el siglo II a.C.

Lenerz, que recoge este modelo en su lista AVIII, propone cronologías más avanzadas, del siglo III a.C., señalando la coincidencia formal de este remate con algunos del círculo de Hallstatt —Badem-Württemberg, Suiza y Francia oriental—, si bien allí la cazoleta se diferencia además de por ciertos aspectos estructurales, por servir de cama a un relleno de coral<sup>24</sup>.

En lo que atañe, finalmente, a la dispersión del tipo, cabe señalar, una vez más, que su foco principal y probable cuna es el alto Ebro —Miraveche, Villanueva de Teba, Miranda de Ebro, La Hoya—; desde aquí se difundió, siempre de forma discreta, no tanto hacia el oriente —ejemplares de La Olmeda y La Albufereta de Alicante—, como hacia el occidente, con dos piezas en Padilla, la de la sepultura 282 de la necrópolis de La Osera<sup>25</sup>, el ejemplar del área septentrional portuguesa o la interesante adaptación a una fíbula anular hispánica de Alcácer do Sal<sup>26</sup>.

Obviaremos las referencias al resto de las fíbulas dada la baja calidad de la información que sobre las mismas poseemos.

#### Pasadores

Existen, finalmente, dos piezas de bronce de enigmática interpretación, consideradas por unos pasado-

res de correas y por otros raspadores en función de los apéndices que las ornan. Ambos ejemplares poseen idéntica estructura y decoración, por lo que sólo se presenta descripción y documentación gráfica de uno de ellos (núm. 17).

Se trata de una placa rectangular, con las esquinas superiores redondeadas; de forma paralela al lateral mayor superior se desarrolla un largo y estrecho calado; del lateral inferior cuelgan seis apéndices en forma de T con los brazos dispuestos transversalmente a la placa, de los que llama la atención su disimetría: la T de un extremo posee, vista de frente, decoración incisa de zig-zag; la del extremo contrario posee unos brazos más cortos que las restantes y de su frente arranca un pequeño apéndice responsable de la disimetría de la pieza. Dicho apéndice y los frentes de todas las T aparecen decorados por líneas incisivas profundas o surcos. Sus medidas son: longitud: 61 mm., anchura máxima: 19 mm., altura: 28 mm.

Los paralelos para estos pasadores se encuentran principalmente en la necrópolis de Miraveche<sup>27</sup>. En todos los casos aparecen asociados a conjuntos con un gran número de elementos de adorno (fíbulas, colgantes, collares, pulseras...), pero también con armas. A través de las tumbas 36 y 38 de Miraveche y del propio hallazgo de Soto de Bureba parece derivarse que irían emparejados. Todos ellos poseen en común la plancha con calado largo y estrecho concebido, en apariencia, para el paso de una correa. Las mayores variaciones se dan en sus remates, unas veces constituidos por alineaciones de campánulas apoyadas, en algún caso, en una celosía de vanos triangulares, que formalmente guardan estrecha relación con algunas conteras de espadas de gavilanes curvos, otras con alineación de orificios circulares y borde sinuoso. Con remates de tipo campanular aparecen asimismo representados en Lara de los Infantes<sup>28</sup>.

A falta de datos más precisos, bien contextualizados, parece, pues, difícil buscar otras interpretaciones para estos elementos a las ya esbozadas con anterioridad.

## 2. OTROS MATERIALES DE ORIGEN INCIERTO

El resto de los elementos que hemos tildado de raigambre meseteña (fig 4), excepción hecha de la pieza 22 para la que no ha sido posible determinar su origen, parece puedan provenir de un yacimiento palentino, tal vez el de Monte Bernorio si nos fiamos del testimonio de Navarro<sup>29</sup>, lo que no deja de plantear ciertas dificultades habida cuenta los numerosos errores de atribución que se vierten en la referida obra. De confirmarse este origen, se tratarían, pues, de viejos hallazgos probablemente relacionados con la actividad de R. Moro, en cualquier caso anteriores a las intervenciones de San Valero en el lugar. A diferencia de los hallazgos de Soto de Bureba, desconocemos cualquier dato que nos permita rastrear las circunstancias previas a su adquisición final por D. José Lázaro Galdiano.

Dado que las fíbulas zoomorfas han sido recientemente descritas con cierto detenimiento<sup>30</sup>, nos limitaremos aquí a completar o corregir, en relación a éstas, algunos aspectos no valorados de manera adecuada o suficiente.

La fíbula de caballito núm. 18, realizada en bronce, presenta, en efecto, un pequeño apéndice en la zona caudal, ligeramente por encima de la proyección de la barra que une el pecho del animal con su hocico, el cual, más que los restos de una cabecita humana que muestran algunos otros ejemplares, correspondería al anclaje de una anillita similar a las que se incluyen en crines, cola y orejas<sup>31</sup>. En lo que atañe a la decoración, constituida por estampaciones de círculos concéntricos y perlitas, con una composición idéntica en ambas caras, tras los estudios de Rovira y Sanz<sup>32</sup> no parece quedar margen para la duda sobre su aplicación en frío, por lo que las viejas ideas esbozadas por Camps y Wattenberg<sup>33</sup>, a las que viene a sumarse Cerdeño, de que esta decoración se realizaría con ruedecilla o estampilla con el metal en caliente, han quedado definitivamente superadas al no existir un "momento" de plasticidad en el proceso metalúrgico que permita tales maniobras.

Por lo que a la tipología de este ejemplar se refiere, de utilizar la propuesta por Cabré tendríamos que encajarle en el grupo 2 y no en el 4 como propone Cerdeño, si bien la carencia de cabecita humana en el ejemplar bernoriano invalidaría ambas adscripciones. En cualquier caso dicha seriación resulta a todas luces insuficiente tras la diversidad introducida por los numerosos hallazgos producidos desde entonces y muy particularmente tras los recientes estudios de A. Esparza y M. Lenerz<sup>34</sup>. Estos han venido a clarificar un tipo de producción broncínea con fuerte carga simbólica y altas dosis de deliberada ambigüedad, responsables durante demasiado tiempo de la confusión de los numerosos investigadores que se han acercado al mismo. No obstante, incluso entre ambos autores, protagonistas del reconocimiento en algunos ejemplares de un verraquito dispuesto en vertical entre el hocico del équido y la mortaja, cabe señalar notables diferencias de percepción, ya que frente a casi una treintena de piezas asimilables a este modelo propuesta por el primero, la investigadora alemana tan solo señala cinco, aquellas en que el suido resulta más naturalista y evidente.

Así pues, el ejemplar del Museo Lázaro Galdiano se corresponde con la variante de fíbula en que se combinan representaciones equinas y suidas, y en concreto queda encajado dentro del *tipo b* de Esparza que, atendiendo al criterio del carácter «realista» o esquemático de la representación menor del cerdo, se corresponde con verracos de tendencia laminar y sin anillitas de suspensión, cuyo mayor grado de esquematismo con respecto al *tipo a*, de tendencia al bulto redondo, no impide, sin embargo, una todavía sencilla identificación del animal, que en el *tipo c* resulta mucho más complicada, como resultado de su máximo grado de estilización.

En cualquier caso, la asociación caballo/verraco operada en el ejemplar del Lázaro Galdiano es sólo una de las posibles modalidades de interrelación en estas fíbulas animalísticas, en las que con frecuencia se conjugan otros elementos figurativos como la «tête coupée» y el jinete. Se establece así una estrecha comunión entre caballos, caballeros, verracos y cabezas cortadas, elementos todos ellos que ofrecen diversas variantes de combinación, según se tomen de tres en tres –caballo/jinete/verraco, caballo/jinete/cabeza cortada–, o de dos en dos –caballo/verraco, caballo/cabeza cortada, verraco/cabeza cortada–, aun-

que tampoco faltan las representaciones simples de équidos o suidos.

La originalidad de estas fíbulas zoomorfas, exclusivas del área interior peninsular, y muy particularmente de la zona arévaca, no impide, sin embargo, admitir que constituyen expresión de una celticidad entendida en sentido amplio, como ha subrayado A. Esparza, a la que de manera específica contribuye la propia ambigüedad de que están imbuidas –en sintonía con el evanescente estilo artístico laténico de *Cheshire Cat*–, pudiendo ser considerada también expresión material de la costumbre céltica de las «*têtes coupées*» como trofeos, repetidamente atestiguada en los textos clásicos (Diodoro, 5, 29, 4; Livio, 10, 26, 11 y 23, 24, 11; Estrabón, 4, 4, 5), donde se refiere que los celtas en combate colgaban del cuello de sus caballos las cabezas de los enemigos muertos<sup>35</sup>.

Esta última consideración mueve a pensar que tales fíbulas constituyeron auténticos símbolos de estatus, muy probablemente vinculadas a personajes militares, lo que encuentra sanción en las insignias o estandartes militares aparecidos en los yacimientos sorianos de Numancia, tanto en la ciudad, como más recientemente en su necrópolis<sup>36</sup>, y San Martín de Utero<sup>37</sup>. Estas excepcionales piezas, con empuñadura tubular para facilitar su conexión a un astil de madera, reproducen en la zona distal bífida la iconografía de las fíbulas, en las variantes caballo/cabeza cortada –tal vez aquí se haya perdido el jinete– y caballo/jinete/cabeza cortada, para el caso numantino –en realidad se trata de prótomos delanteros de caballos unidos por la grupa–, mientras que en Utero creemos reconocer sendas cabezas cortadas de cuyas orejas penden anillitas.

La cronología de este modelo de imperdible fue llevada por Schüle hasta el siglo VI, con vigencia durante todo el V a.C., teniendo en consideración la inspiración propuesta ya por Dechelette en ejemplares itálicos, pero ciertamente dichos prototipos muestran un gran número de divergencias con respecto a los ejemplares meseteños, además de que en ningún caso el muelle de éstos aparece generado a partir del propio puente, sino que la cabecera aparece sistemáticamente perforada para recibir un eje independiente, por lo que, dentro del proceso tecnológico observado para otro tipo de fíbulas, difícilmente podría remontarse a un momento, incluso avanzado, del siglo IV a.C. Por el contrario, los escasos ejemplares que se benefician de un contexto preciso, como el íntegramente conservado de Herrera de los Navarros<sup>38</sup> remiten a un momento de tránsito entre los siglos III y II a.C., fecha que creemos conviene también a un ejemplar de jinete recuperado en el cementerio de Las Ruedas. Por otro lado, hallazgos como el del campamento de Cáceres el Viejo<sup>39</sup> u otro inédito con jinete, aunque ya perdido, asociado al tesoriño núm. 1 de Padilla de Duero<sup>40</sup>, muestran la vigencia del modelo aún en el siglo I a.C.

Para finalizar diremos que el ejemplar del Museo Lázaro Galdiano manifiesta una gran proximidad estética y morfológica con otro del Arqueológico Nacional provisto de jinete y sobre todo con uno simple de Lara de los Infantes<sup>41</sup>. Estos ejemplares barroquizados, con multitud de anillitas en crines, cola y orejas –lo que determina para estas últimas su orientación frontal frente a la habitualmente lateral– alcanzan representación también en la necrópolis de Palenzuela, da-

tándose por asociación a cerámicas torneadas celtibéricas entre los siglos III-II a.C.<sup>42</sup>.

La fíbula zoomorfa núm. 19, igualmente broncea, representa sobre el puente un verraquito. Este modelo comparte con el anterior un buen número de rasgos, entre ellos la técnica plana o "*Blech*"-*Technick*<sup>43</sup>, la estética de anillitas y, de forma muy marcada, la referida tendencia a la ambigüedad que durante algún tiempo fue responsable de su identificación con elefantes y, en particular en el caso de los ejemplares que muestran un hocico hipertrófico como el presente, con la figura de un falo<sup>44</sup> cuyo supuesto glande hoy tenemos perfectamente identificado con la «*tête coupée*» que, asimismo, hermana esta producción animalista con la del caballito analizada previamente.

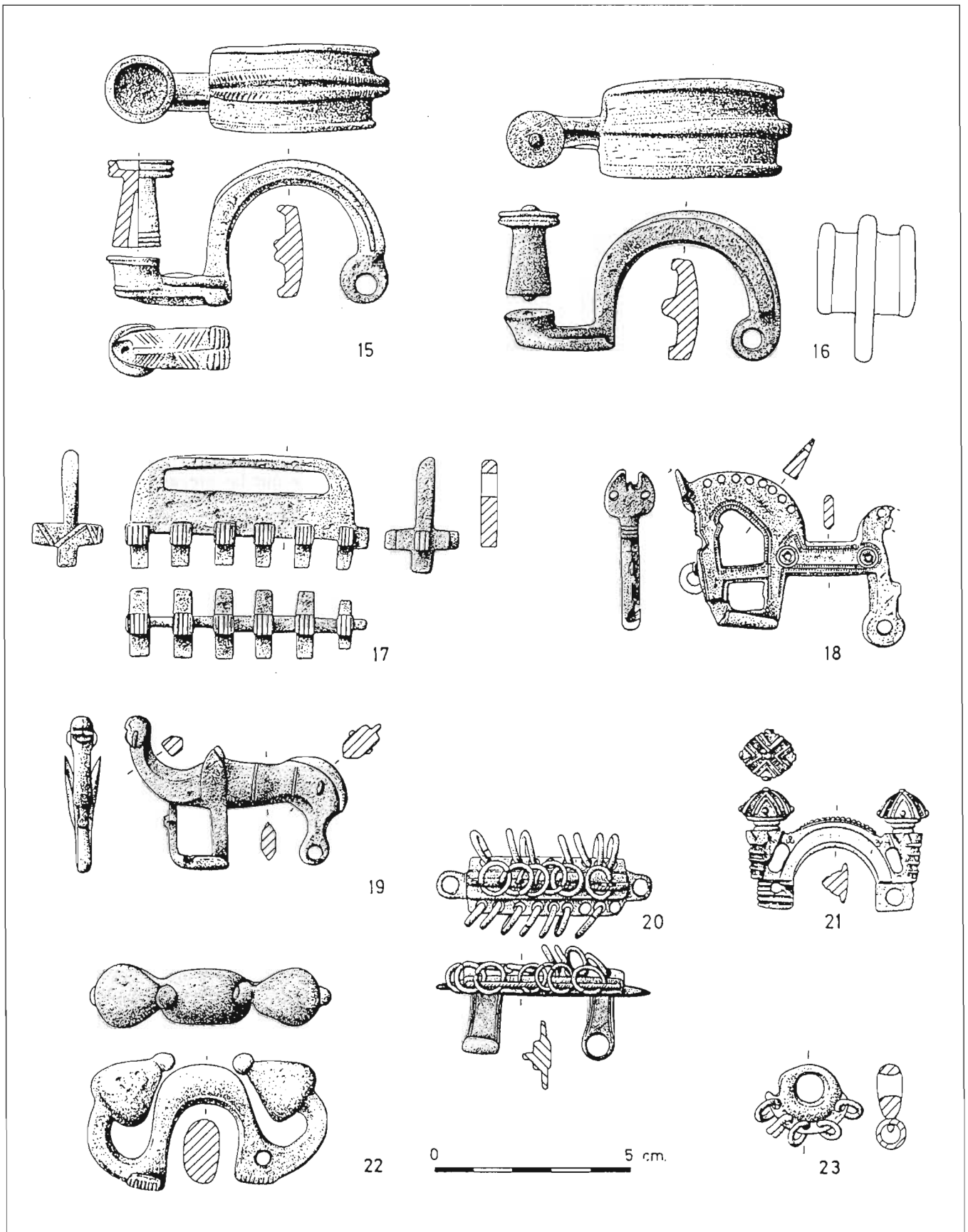
Con todo, modelos como el del Lázaro Galdiano, incluidos en el tipo IIc de Cerdeño y Cabanes<sup>45</sup>, constituyen representaciones de lo más naturalistas si las comparamos con otras janiformes de notable abstracción<sup>46</sup> que desembocarán en piezas como la núm. 20 de este trabajo que comentaremos posteriormente, e incluso de tendencia contraria, es decir, constituidas por dos grupas, como certeramente ha señalado Blanco Freijeiro<sup>47</sup>.

No resulta, pues, arriesgado plantear aquí la celticidad de estas representaciones plásticas, tanto por el referido carácter evanescente y deliberadamente críptico, como por la asociación a «*têtes coupées*», máxime si consideramos además que el suido constituyó en el mundo céltico una especie animal particularmente apreciada por la aristocracia guerrera, tal y como refleja la frecuente inclusión de estos animales en tumbas de la Galia Bélgica junto a utensilios relacionados con el fuego –parrillas, calderos, atizadores, etc.– que atestiguan el banquete funerario<sup>48</sup>. Es más, sin necesidad de alejarnos tanto en el espacio, cabe referirse a la excepcional representación grabada sobre el pomo del puñal de la tumba 32 de la necrópolis vallisoletana de Las Ruedas, vinculada igualmente a un aristócrata militar. Las imágenes buriladas en el canto y reverso de dicha pieza, permiten identificar tres ámbitos diferentes de representación, aunque estrechamente conectados, uno de los cuales, alusivo a lo pagano o productivo –los otros dos se refieren a la esfera divina/ctónica y al mundo agonístico– se halla expresado de forma mayoritaria por la especie suida –un total de 19 individuos, frente a tan sólo un cánido, dos cápridos y un ave–, mostrada en su plenitud vital y genésica, con prominentes colmillos y abultados órganos reproductores<sup>49</sup>.

Finalmente, en cuanto a la dispersión y cronología de este modelo de fíbula, debemos señalar que aquella resulta más restringida que la de caballito, manifestando mayor implantación sobre todo en el Duero medio, y particularmente en la provincia de Palencia. La descontextualización de los ejemplares conocidos hasta ahora nos obliga, en materia de cronología, a remitirnos a lo apuntado para otras fíbulas animalísticas.

La fíbula broncea núm. 20, de naturaleza zoomorfa esquemática, con abigarrada decoración de anillas colgantes, en bronce, presenta decoración incisa de pequeños trazos alineados en todas sus aristas y de líneas perimetrales igualmente incisas por ambos lados en las barras del resorte y mortaja, más tres líneas horizontales en el reverso de esta última. La sección del





4. Objetos bronceos del Museo Lázaro Galdiano: Fíbulas de pie alzado con cazoleta (15 y 16), zoomorfas de caballo/verraco (18), de verraco (19) y derivada (20), simétricas o de doble prolongación (21 y 22); pasador (17) y colgante (23).

punte está constituida por la superposición de cuatro cuerpos rectangulares. Cuenta, pues, con tres series de nueve anillas, más las dos de ambos extremos.

Pese al evidente geometrismo de esta fíbula, cuyo puente se halla constituido por un paralelepípedo con «solapas» en laterales y cimera perforadas, que sirven para anclar el juego de anillitas móviles, parece probable que el diseño sea deudor de un modelo zoomorfo inspirado en derivaciones de la figura del verraco.

Nos encontraríamos aquí con la esquematización extrema de dos prótomos de verraco, que han perdido el último de los elementos que permitía su identificación: los alargados y puntiagudos hocicos que en piezas como la del Instituto de Valencia de Don Juan de Madrid<sup>50</sup>, o incluso, de forma ya menos evidente y también más próxima a nuestra pieza, en otros ejemplares de ese mismo Instituto o del Museo Arqueológico de Barcelona<sup>51</sup>, se indicaban en ambos extremos del puente, dentro de una estética influida de manera clara por las fíbulas simétricas como las que comentaremos posteriormente.

De esta forma vemos que además de los ejemplares más naturalistas en los que se identifican sin grandes dificultades el suido completo, otros modelos proceden a despiezar el animal, uniendo prótomos o grupas. Pero es más, dentro de este creciente proceso de esquematización que conduce a piezas como las del Lázaro Galdiano, el vínculo establecido entre el verraco y la «tête coupée», evidente en las piezas más realistas, se mantiene también en ejemplares intermedios como el de El Cerro del Berruero, constituido por sendos prótomos del suido en cuya zona media de unión se abre una superficie discoide que probablemente sirvió para alojar una cabecita humana realizada en pasta vítrea<sup>52</sup>, lo que parece avalar, por la vía de los elementos iconológicos asociados, la evolución propuesta.

Sin duda, la pieza del Museo Lázaro Galdiano constituye el ejemplar estéticamente más hermoso y mejor conservado, de un modelo que no se prodiga en exceso, y para el cual, dada la descontextualización de sus paralelos —La Custodia y Paredes de Nava<sup>53</sup>, aparte de los comentados—, únicamente cabe proponer una cronología avanzada, tal vez siglos II-I a.C., en función del grado de evolución esbozado en las líneas previas.

Otro par de imperdibles, también bronceos, son los que se recogen con los núms. 21 y 22, correspondientes al modelo simétrico o de doble prolongación.

El núm. 21 hace gala de un gran barroquismo. Los remates de pie y cabecera, constituidos por sendas torres almenadas y coronadas, se unen mediante un arquillo al puente en una posición bastante lateral o alejada de la cimera, determinando así unos diminutos calados. La sección es en todo próxima a la de la fíbula 20. La cabecera aparece perforada, mientras que la mortaja se halla constituida por una pequeña abertura en un pie compacto.

Con todo, lo más destacable de este ejemplar es, sin duda, su elaboradísima decoración que por la aplicación de algunas técnicas, o al menos por su emulación, caso de los granillos o perlitas de bronce superpuestas, tanto recuerda al quehacer orfebre. El ornato más extendido consiste en bandas de trazos paralelos y verticales que alternan con otras libres; tal sucede en la mortaja, torres y coronas de éstas, en cuyo plano su-

perior crean un motivo aspado. Se completa la decoración con granos o diminutas esferillas distribuidas de diversa manera según las zonas: alineadas sobre la cimera, agrupadas de tres en tres sobre ambos flancos de los tirantes, individualmente en los extremos de los listeles lisos de las torres y cinco en disposición cruciforme sobre la corona. Medidas: longitud: 39 mm., anchura máxima: 11 mm., altura: 25 mm.

La fíbula núm. 22, presenta extremos abelotados o piriformes pegados, pero no fundidos, al puente. Este aparece peraltado y muy engrosado, lo que le confiere aspecto amocillado y sección ovalada. Bajo el orificio de la cabecera y también bajo la mortaja se desarrolla decoración incisa de trazos paralelos y verticales. Medidas: longitud: 60 mm., anchura máxima: 16, altura: 35.

Los dos ejemplares descritos se corresponden, pues, con las llamadas fíbulas simétricas o de doble prolongación, para las cuales se han apuntado como prototipos las *Doppelvogelkopffibeln* renanas con doble cabeza de pájaro, datables en la fase La Tène A, es decir, en la primera mitad del siglo V a.C., presentes en tumbas principescas de dicha zona<sup>54</sup>. Sin embargo, más que una influencia directa —resta un vacío intermedio entre los ejemplares centroeuropeos y los ibéricos que las piezas provenzales no alcanzan a cubrir—, que llevó a algunos autores a ver en tales productos la expresión de unos aportes célticos en el territorio peninsular —concordante con una dispersión cartográfica que afecta la Meseta, al norte de la línea del Tajo, y zonas aledañas noroccidentales<sup>55</sup>—, en la actualidad se tiende a considerar que es la moda de la simetría la que se asimiló con prontitud en nuestro territorio. De esta forma se ve con claridad cómo numerosos tipos de fíbulas de pie alzado se transformaron localmente en fíbulas de doble prolongación<sup>56</sup>, entre las que no faltarían las especies de disco plano, de torrecilla, etc., afectando incluso a los modelos zoomorfos, tanto en las fíbulas de caballito como en las de verraco, donde acabamos de ver que esa búsqueda de la simetría llevó a crear piezas a base de prótomos o de grupas dobles.

Por lo que respecta a la fíbula núm. 21, que podríamos denominar de doble torrecilla coronada, el paralelo más próximo es, sin duda, una pieza que perteneció a la antigua colección Monteverde<sup>57</sup>, de procedencia incierta, que parece salida del mismo taller; otros ejemplares del Museo Arqueológico de Barcelona resultan también próximos<sup>58</sup>, pero a buen seguro el hallazgo más interesante es el producido en el yacimiento de Campa Torres<sup>59</sup> y ello no sólo por ser beneficiario de un contexto arqueológico, sino también por haberse conservado íntegro. Esta última circunstancia permite comprobar que el eje del resorte está decorado en ambos extremos por idénticos remates de «corona» que los dispuestos sobre el pie y la cabecera de la fíbula, si bien en este caso la decoración utilizada, a base de estampaciones de círculos, perlas y SSS encadenadas, diverge de la del ejemplar del Lázaro Galdiano.

La cronología de esta variedad de fíbulas simétricas parece apuntar a momentos tardíos, seguramente desde la plenitud del siglo III hasta los siglos II-I a.C. La evidente mixtura estética y estructural con otras fíbulas argéneas de los tesoros meseteños, la correspondencia del hallazgo de Campa Torres con la fase indígena del asentamiento, centrada entre los

siglos III-I a.C., o la propia inclusión de botones de remachado, con el mismo esquema y decoración cuatripartito de las «coronas» de las fíbulas, en broches de cinturón de tipo ibérico en el yacimiento navarro de La Custodia<sup>60</sup>, avalan dicho horizonte temporal. Por cierto que algunas de dichas «coronas» halladas en el castro leonés de Morgovejo, interpretadas con reserva como cabezas de alfileres<sup>61</sup>, deberían más bien vincularse al modelo de fíbula ahora tratado, máxime cuando comprobamos que, en ejemplares como el de El Picón Castiellu (Moriyón, Villaviciosa), dichos remates, actualmente perdidos, constituían piezas independientes unidas a las torrecillas por remaches de hierro<sup>62</sup>.

Finalmente, la fíbula simétrica núm. 22 constituye una versión broncea de fíbulas aureas como la del tesoro de Arrabalde I o Palencia 3<sup>63</sup>, constituyendo sus abultados remates piriformes, presentes también en los extremos de algunos de los torques meseteños, testimonio de su vinculación a un espacio geográfico y cronológico septentrional que encaja con el resto de los materiales analizados, por lo que tal vez cabría pensar en un origen común.

En último término, el colgante bronceo núm. 23, está constituido por un arete que presenta una solapa en la mitad inferior de su circunferencia, la cual sirve para alojar seis anillitas móviles también de bronce. Sus medidas son: longitud: 22 mm., altura: 20 mm., grosor: 5 mm.

Poco es lo que podemos señalar en relación a este colgante que, en función de la común estética de suspensión de anillitas colgantes, cabría pensar formaba lote con algunas de las fíbulas estudiadas. Un ejemplar casi idéntico se halla en el Instituto Valencia de Don Juan, si bien posee ocho anillitas y una breve decoración incisa<sup>64</sup>. Posiblemente este tipo de piezas constituyan una derivación de colgantes de creciente lunar, conocidos ya desde el Bronce Final —depósito del río Sil de San Esteban (Orense)<sup>65</sup>— y con una gran perduración hasta contextos muy avanzados de la segunda Edad del Hierro, sirviendo una pieza de Lara de los Infantes, por haber conservado ensartadas tres pequeñas anillitas<sup>66</sup>, de perfecto nexo.

## NOTAS

1. Camps Cazorla, E. «Un lote de piezas célticas en el Museo Lázaro Galdiano», *II Congreso Nacional de Arqueología*. Madrid, 1951, Zaragoza, 1952, pp. 355-362; Abásolo, J. A. y Ruiz Vélez, I., «Un importante yacimiento de la segunda Edad del Hierro en la Bureba. El castro de Soto (prov. de Burgos)», *Kobie*, 9, 1979, pp. 103-119; Herrera Oria, E., «Descubrimientos ibero-romanos en la Bureba (Burgos)», *Memorias de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias*, VII, 1921, pp. 45-65; Cerdeño Serrano, M. L., «Tres fíbulas zoomorfas del Museo Lázaro Galdiano», *Goya*, 193-195, 1986, pp. 40-45; Esparza Arroyo, A., «Cien años de ambigüedad: sobre un viejo tipo de fíbulas de la Edad del Hierro de la Meseta española», *Zephyrus*, XLIV-XLV, 1991-92, pp. 537-552; Cabré Aguiló, J., Excavaciones de Las Cogotas. Cardeñosa (Ávila): I. El Castro. *Mem. JSEA*, 110, 1930, p. 88.

2. Deseamos expresar nuestro agradecimiento a D. Enrique Pardo Canalis, director del Museo Lázaro Galdiano cuando se redactaron estas líneas, y muy especialmente a D.<sup>3</sup> Marina Cano, conservadora del mismo, así como a D. Carlos Sagar, por las facilidades y medios proporcionados para la realización del presente trabajo. Los dibujos son obra de D. Angel Rodríguez González.

3. Martínez Santa Olalla, J., *Prehistoria burgalesa*, 1924, manuscrito inédito. Debí de constituir la segunda entrega que sobre la Prehistoria e Historia romana del solar burgalés fuera a presentar el autor al *Bulleti de l'associació catalana d'antropologia*,

*etnologia i prehistoria*. La desaparición de esta revista, tras publicar en 1925 la primera entrega, motivó probablemente que dicho trabajo quedara inédito.

4. Sanz Mínguez, C., «Broches de tipo Bureba. Tipología, cronología y dispersión», *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, LVII, 1991, pp. 93-130.

5. El dato consignado por Martínez Santa Olalla, J., *Prehistoria...*, probablemente deba matizarse tras los trabajos más recientes sobre este yacimiento. Abásolo, J. A. y Gutiérrez Behe-merid, M. A., «Castros burgaleses. Los poblados de El Castellar (Poza de la Sal), Trulla (Rublacedo de Arriba) y Los Llanos (Soto de Bureba)», *Boletín de la Institución Fernán González*, 184, 1975/1, p. 537, localizan la necrópolis prerromana en el pago de La Negrera, al sur por tanto de La Cerca que más propiamente constituiría el recinto fortificado; sobre este asentamiento, más recientemente: Parzinger, H., Sanz, R. y Ruiz Vélez, I., «Die deutsch-spanischen Ausgrabungen in der Bureba (Prov. Burgos). Vorbericht der kampagnen 1991 und 1992», *Germania*, 71, 1993, 2, pp. 315-354.

6. Cabré Aguiló, J., «Acrópolis y necrópolis cántabras de los celtas berones del Monte Bernorio», *Sociedad Española de Amigos del Arte*, 1920, p. 33, nota 1.

7. Sentenach, N., «La Bureba», *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, 32, 1924, p. 5.

8. Abásolo, J. A., et alii. *Arqueología burgalesa*, Burgos, 1982, p. 26; Sacristán de Lama, J. D. y Ruiz Vélez, I., «La Edad del Hierro», en Montenegro Duque, A. (Dir.), *Historia de Burgos*, vol. 1, Burgos, 1985, p. 212.

9. Martín Valls, R. y Esparza Arroyo, A., «Génesis y evolución de la Cultura Celtibérica», en Almagro Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. (Eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica, Actas de la Reunión celebrada en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense*, Madrid, 13-15 de diciembre, 1989, *Complutum*, 2-3, 1992, p. 265; si bien cabría matizar que algunos de los elementos miniaturizados asociados, en particular la parrillita y las tijeras, constituyen piezas frecuentemente vinculadas a ajuares de guerreros, testimonios del banquete de carne y del ajuar de aseo personal, respectivamente, como sucede, por ejemplo, en el cementerio vallisoletano de Las Ruedas (Sanz Mínguez, C., *Los vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)*. Tesis doctoral leída en la Universidad de Valladolid, Valladolid, 1995, pp. 924-932).

10. Sanz Mínguez, C., «Rituales funerarios en la necrópolis celtibérica de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)», en Burillo, F. (Coord.), *II Simposio sobre los Celtiberos: Necrópolis Celtibéricas*, Daroca, 1988, Zaragoza, 1990, p. 165; *Idem*, *Los vacceos: cultura...*, p. 858. La orientación femenina de las placas de cinturón en esta necrópolis parece hasta el presente dominante, ya que de las seis tumbas que las han proporcionado, todas, a excepción de la referida, poseen tal condición según los análisis antropológicos del Dr. Reverte Coma.

11. Cabré Aguiló, J. y Cabré Herreros, M. E., «Datos para la cronología del puñal de la cultura de Las Cogotas», *Archivo Español de Arte y Arqueología*, 25, 1933, pp. 43-44.

12. Sobre el carácter mágico-religioso de los cinturones, en general: Blázquez, J. M., «Cinturones sagrados en la Península Ibérica», *Homenaje al prof. Martín Almagro Basch*, II, Madrid, 1983, pp. 411-420; y en particular para los broches de la Edad del Hierro Peninsular: Morán Cabré, J. A., «Sobre el carácter votivo y apotropaico de los broches de cinturón en la Edad del Hierro Peninsular», *XIII Congreso Nacional de Arqueología*, Huelva, 1973, Zaragoza, 1975, pp. 597-604.

13. De esta última estación una pieza fragmentaria en Caprile, P., «Estudio de los objetos de adorno del Bronce Final y Edad del Hierro en la provincia de Alava», *Estudios de Arqueología Alavesa*, 14, 1986, lám. XXXIII: 3; referencias a su presencia en Llanos, A., «Necrópolis del Alto Ebro», en Burillo, F. (Coord.), *II Simposio sobre los Celtiberos: Necrópolis Celtibéricas*, Daroca, 1988, Zaragoza, 1990, fig. 4.

14. García Huerta, R., «La necrópolis de la Edad del Hierro en La Olmeda (Guadalajara), *Wad-Al-Hayara*, 7, 1980, fig. 5: 6.

15. Ponte, S., «Fíbulas de sitios a norte do río Douro», *Homenaje a D. Domingos de Pinho Brandão*, *Lucerna*, 1984, p. 132, núm. 32.

16. Martínez Burgos, M., «Museo Arqueológico de Burgos. Adquisiciones de ajuares de la Edad del Hierro», *Mems. de los Museos Arqueológicos Provinciales*, II, 1941, lám. XIX, centro sup.

17. Sanz Mínguez, C. y Escudero Navarro, Z., «Nuevos datos sobre las fíbulas de «longo travessão sem espira». La aportación de la Submeseta Norte peninsular», *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, LX, 1994, pp. 153-170.

18. *Ibidem*, fig. 1: 3.
19. Lenerz de Wilde, M., *Iberia Celtica. Archäologische Zeugnisse Keltische Kultur auf der Pyrenäenhalbinsel*. Stuttgart, 1991, p. 38.
20. Recientemente Lenerz plantea que este ejemplar y otro jienense de igual tipología caudal comparten un tipo de resorte de muelle, con espiras, oculto por vaina o chapa de metal (Lenerz, M., *Iberia Celtica...*, p. 37), cuando siempre se había dicho que el resorte era de charnela (Molina García, J., Molina Gunde, M. de la C. y Nordstrom, S., Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla-Murcia), *Serie de Trabajos Varios. Servicio de Investigación Prehistórica*, 52, Valencia, 1976, p. 88; Cabré de Morán, E. y Morán Cabré, J. A., «Fíbulas hispánicas con apéndice caudal zoomorfo». *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 9, 1978, p. 18). Queda la duda sobre si la nueva interpretación es el resultado de una consulta directa de la pieza o si, contrariamente, traduce el desconocimiento de un tipo de resorte, el de charnela, característico casi en exclusividad de la fíbula anular hispánica, variante no analizada en su obra de referencia.
21. Lenerz, M., *Iberia Celtica...*, lám. 5: 27.
22. Abásolo, J. A. y Ruiz Vélez, I., «La necrópolis de Miranda de Ebro. Materiales para su estudio», *Estudios de Arqueología Alavesa*, 9, 1978, p. 266. lám. 1: 3; Lenerz considera este conjunto como integrante de una tumba (Lenerz, M., *Iberia Celtica...*, p. 21, lám. 81), lo que, sin embargo, no creemos correspondiente a la realidad ya que en la necrópolis no se habían realizado excavaciones arqueológicas, no así en el poblado (Abásolo, J. A., *Comunicaciones de la época romana en la provincia de Burgos*. Burgos, 1975, p. 45). Tal vez el equívoco pueda provenir de interpretar el concepto de «conjunto» expresado por aquellos autores —«...de estas tumbas es oriundo el conjunto que pasamos a referir» (Abásolo, J. A. y Ruiz Vélez, I., «La necrópolis de Miranda...», p. 265)— como conjunto tumbal, cerrado o unitario propiamente dicho.
23. Schüle, W., *Die Meseta...*, lám. 147: 17 y 19.
24. Lenerz, M., *Iberia Celtica...*, pp. 21, 22 y 29.
25. Cabré, J., Cabré, E. y Molinero, A., *El castro y la necrópolis del Hierro céltico de Chamartín de la Sierra (Ávila)*, Acta Arqueológica Hispánica, V, Madrid, 1950, fig. 11.
26. Martín Montes, M. A., «La fíbula anular hispánica en la Meseta peninsular. I. Origen y cronología, su estructura y clasificación tipológica», *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 19, 1984, fig. 5: 7.
27. Schüle, W., *Die Meseta...*, cuatro ejemplares en la tumba 36 (lám. 141), dos en la 38 (lám. 143) y otro en la 77 (lám. 150).
28. *Ibidem*, lám. 156: 12.
29. Navarro García, R., *Catálogo Monumental de la provincia de Palencia. Fasc. tercero. Partidos de Cervera de Río Pisuerga y Saldaña*, Palencia, 1939, p. 237, mitad superior de la fotografía, donde se recogen las fíbulas publicadas por Cerdeño Serrano, M. L., «Tres fíbulas...», y el morcillón incluido junto a las anteriores por Camps, E., «Un lote de piezas...», así como la fíbula simétrica de abigarrado ornato incluida aquí con el núm. 21.
30. Cerdeño Serrano, M. L., «Tres fíbulas...», p. 40.
31. Efectivamente, en la fotografía de esta pieza proporcionada por Navarro García, R., *Catálogo Monumental...*, p. 237, arriba-centro, puede observarse la presencia de tal anclaje doblado, lo que determinaría su posterior fragmentación.
32. Rovira Llorens, S. y Sanz Nájera, M., «Aproximación al estudio de la técnica de la elaboración de los broches de cinturón del área cultural Miraveche-Monte Bernorio», *Actas del Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte*, Salamanca, 1984, *Zephyrus*, XXXIX-XL, 1986-87, pp. 353-363.
33. Camps, E., «Un lote de piezas...», p. 359; Wattenberg Sanpere, F., «Un broche de bronce celtibérico», *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, XXIII, 1957, p. 57.
34. Esparza, A., «Cien años...»; Lenerz, M., *Iberia Celtica...*, pp. 71-77.
35. Almagro Gorbea, M. y Llorio, A., «Representaciones humanas en el arte céltico de la Península Ibérica», *Actas del 2.º Symposium de Arqueología Soriana. Homenaje a D. Teógenes Ortega y Frías*, Soria, 1989, Soria, 1992, p. 435. Testimonio que también encuentra expresión en territorio galo, tal y como recoge el propio Esparza, A., «Cien años...», nota 67, sobre un vaso de Aulnat (Auvernia); o en la Renania inferior, sobre una placa de bronce de Kärlich: Frey, O. H., «La formation de la culture de La Tène. en Moscati S. (Coord.), *Les Celtes*. Bompiani, Catálogo de Exposición de Venecia, Milano, 1991, p. 136.
36. Mérida, J. R., Álvarez, A., Gómez Santa Cruz, S. y Taracena, B., Excavaciones en Numancia, *Mem. JSEA*, 61, Madrid, 1924, p. 30, lám. VIII; Jimeno, A., «Investigación e historia de Numancia», en Argente Oliver, J. L. (Coord.), *El Museo Numantino. 75 años de la Historia de Soria*, Soria, 1994, pp. 56 y 57.
37. Mariné, M., «Los objetos no monetarios del yacimiento de San Martín de Ucero (Soria)», *Celtiberia*, 85-86, 1993, pp. 216-217, fig. 2: 375.
38. Burillo Mozota, F. y Sus Giménez, M. L. de. «La casa 2 de Herrera», en Burillo F., Pérez, J. A. y Sus, M. L. de (Coords. y Eds.), *Celtiberos*. Zaragoza, 1988, pp. 62 y 65.
39. Ulbert, G., *Cáceres el Viejo*, *Madridrer Beiträge*, 11, Mainz am Rhein, 1984, lám. 9: 31.
40. Delibes, G., Esparza, A., Martín Valls, R. y Sanz, C., «Tesoros celtibéricos de Padilla de Duero», en Romero, F., Sanz, C. y Escudero, Z. (Eds.), *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Valladolid, 1993, p. 399.
41. Schüle, W., *Die Meseta...*, láms. 172: 1 y 156: 6.
42. Martín Valls, R. y Esparza Arroyo, A., «Génesis y evolución...», p. 265.
43. Schüle, W., *Die Meseta...*, p. 156.
44. Paris, P., *Essai sur l'art et l'industrie de l'Espagne Primitive*, II, Paris, 1903, p. 271.
45. Cerdeño, M. L. y Cabanes, E., «El simbolismo del jabalí en el ámbito celta peninsular», *Trabajos de Prehistoria*, 51/2, 1994, p. 105.
46. Patentes, por ejemplo, también en otros soportes como en el extremo distal de un tahalí bronceo que recientemente damos a conocer: Sanz, C., Escudero, Z. y Fontaneda, C., «Tres piezas de metalistería prerromana en la colección Fontaneda (Castillo de Ampudia, Palencia)», *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, LXII (en prensa).
47. Blanco Freijeiro, A., «Las estatuas de verracos y las fíbulas zoomorfas celtibéricas», *Espacio, Tiempo y Forma, serie II, H.ª Antigua*, I, 1988, pp. 72-74. Este sería el grupo III de Cerdeño y Cabanes que estos autores identifican, sin embargo, con un cuerpo completo de verraco.
48. Metzler, J., «Les sépultures de l'aristocratie en Gaule Belgique», *Les celtes en Normandie. Les rites funéraires en Gaule (IIIe-Ier siècle avant J.C.)*, *Revue archéologique de L'Ouest*, Supplément n.º 6, 1993, p. 272, figs. 6 y 7.
49. Sanz Mínguez, C., *Los vacceos: cultura...*, pp. 968-984.
50. Schüle, W., *Die Meseta...*, lám. 172: 26.
51. *Ibidem*, lám. 172: 35 y 27, respectivamente.
52. Fabián, J. F., «El Bronce Final y la Edad del Hierro en «El Cerro del Berruenco» (Ávila-Salamanca)», *Actas del Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte*, Salamanca, 1984, *Zephyrus*, XXXIX-XL, 1986-87, fig. 4: 4 y 11; relación entre fíbula y aplique vitreo que, sin embargo, se establece en Delibes, G. *et alii*, «Tesoros celtibéricos...», p. 433.
53. Labeaga Mendiola, J. C., «Algunas fíbulas zoomorfas del poblado de La Custodia, Viana (Navarra)», *XIX Congreso Nacional de Arqueología*, Castellón de la Plana, 1987, Zaragoza, 1989, fig. 2: 12, si bien esta pieza difiere por su mixtura, al incluir en ambos extremos sendas torrecillas: Moure Romanillo, A. y Ortega Mateos, M. L., «Fíbulas con esquema de La Tène procedentes de Paredes de Nava (Palencia)», *Numantia*, I, 1981, p. 145, fig. 1: 10.
54. Sangmeister, E., «Die Kelten in Spanien», *Madridrer Mitteilungen*, I, 1961, p. 89.
55. Maya, J. L. y Blas, M. A., «El castro de Laron (Cangas de Narcea, Asturias)», *Noticiario Arqueológico Hispano*, 15, Madrid, 1983, figs. 9 y 10.
56. Maya, J. L. y Blas, M. A., «El castro de Laron...», p. 176; Esparza, A., «Materiales de la Edad del Hierro», en Delibes *et alii*, *La Colección Arqueológica del Padre Saturio González en Santo Domingo de Silos*, Burgos, 1988, p. 124.
57. Schüle, W., *Die Meseta...*, lám. 156: 10.
58. *Ibidem*, lám. 174: 42 y 44.
59. Maya, J. L. y Cueta, F., «El Castro de la Campa Torres», en Fernández Miranda, M. (Ed.), *Los orígenes de Gijón*, Gijón, 1992, p. 47: 2.
60. Labeaga, J. C., «Los broches de cinturón en el poblado de La Custodia, Viana, Navarra», *Trabajos de Arqueología navarra*, 10, 1991-92, pp. 317-336.
61. Luengo, J. M., «El castro de Morgovejo (León)», *Actas y Memorias de la Sociedad de Antropología, Etnografía y Prehistoria*, XV, 1941, p. 172, fig. 2.
62. Camino Mayor, J., «Catálogo Astures: piezas», *Astures*, Gijón, 1995, p. 247.
63. Delibes de Castro, G. y Esparza Arroyo, A., «Los tesoros prerromanos de la Meseta Norte y la orfebrería celtibérica», en *El Oro en la España prerromana*, núm. monográfico de *Revista de Arqueología*, 1989, ilustraciones pp. 121 y 127.
64. Schüle, W., *Die Meseta...*, lám. 172: 38.
65. *Ibidem*, fig. 9.
66. *Ibidem*, lám. 156: 11.